

Aspectos literarios de la obra de don Joan de Castellanos

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

CAPITULO VII LOS DISCURSOS DE COLON

Es sabido que los escritores antiguos, principalmente los historiadores, introducían supuestos discursos en sus obras. Salustio consigna cuatro en sus *Historias*. Tito Livio los elabora con perfección y los pone en boca de políticos y generales importantes; en los treinta y cinco libros que se conservan de este autor encontramos unos cuatrocientos discursos, breves o extensos, que como los de Salustio fueron recopilados y editados para fines retóricos. Tácito introduce en el relato de acontecimientos históricos discursos fingidos que dan variedad a la narración y sirven para caracterizar los personajes y para satisfacer las necesidades retóricas de los contemporáneos. Virgilio, tan leído por Castellanos, introduce en la *Eneida* arengas y discursos. Bastaría recordar el de Juno en el libro primero y allí mismo el de Eneas en medio de una horrible tempestad.

Los discursos y parlamentos de las *Elegías* son muy numerosos. Castellanos los pone en boca de españoles y nativos en las más variadas circunstancias. En los indios no faltan las excelencias oratorias salpicadas de alusiones mitológicas del más severo gusto clásico.

Era apenas natural que el primer discurso del almirante estuviera destinado a convencer al rey de la utilidad de la empresa descubridora. *Sin gran copia de naves ni de remos le ofrece un orbe nuevo no menor que la tierra que sabemos*. Allí vive mucha gente, hay tierras ricas y habitables que podrán ser conquistadas con *liviano gasto*. Por su parte, Colón se declara suficiente para el cargo y cursado en el oficio. (I, 65 s.).

Obtenido el beneplácito y la ayuda económica indispensable de parte de la corona, Colón se dirige a la tripulación. En resumen, hay cosas que a muchos parecen imposibles, como la que pretendemos, pero por fortuna cuenta con el valor de los escogidos *y ansi seréis ad plenum satisfechos*. Los ha llamado a cosas importantes “y si prometo mucho no doy poco”. Claro está que esta clase de empresas no son para cobardes y lo que es muy de tener en cuenta, van a salir de pobres. Le parece al visionario

contemplar ya a los indios que sirven solícitos a los españoles, la mesa puesta con frutos variados, contiendas famosas, ritos bárbaros, y sobre todo

*Paréceme que ya vienen navíos
lastrados de oro, perlas y de plata;
paréceme que veo tal riqueza
que no puede medirse su grandeza.*

Por la desbocada imaginación del almirante pasan en visión vertiginosa pueblos y tierras, frutos y metales, gentes convertidas a las sanas costumbres y sobre todas las cosas, honra y provecho. Para tal empresa cuenta con el auxilio de Dios y la asistencia de la “benditísima María a quien siempre tomé por abogada”.

*Estáis los marineros y soldados
en cosas necesarias instruídos,
nuestros navíos van bien aderezados,
de todos bastimentos proveídos,
los ánimos se muestran esforzados
a célebres hazañas conmovidos.
De lo demás tened duda ninguna,
pues próspera se muestra la fortuna. (I, 68-70).*

Ya en marcha, al entusiasmo del principio sucede el descontento que va cundiendo en la tripulación. Comienza la murmuración, las voces se levantan, se enciende la protesta. Uno de vergüenza descompuesto toma la vocería y le hace a Colón un discurso insolente. Loco es lo menos que le dice. ¡Llevarnos a una región desconocida cuya existencia ha sido negada por San Agustín, Plinio, Estrabón, Lactancio, Isidoro de Sevilla, Aristóteles y Mela, Escoto y Durando! Los ingleses se están burlando, Portugal no quiso comprometerse en la aventura, solamente el candor de la reina pudo propiciarla y al fin sacará en limpio un costo grande y provecho ninguno. ¿Quién fue el desvergonzado que habló a Colón en términos tan descompuestos? El padre Las Casas señala a los Pinzones como autores del descontento de la marinería. Colón “destos Pinzones se quejaba mucho y de las penas que le habían dado”, dice fray Bartolomé en su *Historia de las Indias* (Libro I, cap. XXXVII).

La respuesta no se hizo esperar. Donde mandan muchos no hay gobierno. Lo dice por los que han promovido el desorden. Es increíble que siendo españoles tengan miedo. Se sabe que el que se queda en la cama, el que descansa en los brazos de la amada, los flojos, los cobardes no hacen hechos dignos de memoria. Todavía no ha habido un hecho que deplorar, tienen agua y alimentos, los navíos son buenos. Las autoridades alegadas no valen, esos autores no tenían por qué saber de estas cosas. El tiene muchos a la mano

*Como son Averrois y Avicena
y el ínclito doctor Alberto Mano;
pues autoridad sacra que es la buena,
dice no hacer Dios tierras en vano,
y a estas os daremos brevemente
fértiles, apacibles y con gente.*

El descubrimiento de un nuevo mundo será el acontecimiento más importante después de la encarnación del Hijo de Dios. No devolverse, hay enfermos pero no muertos y, ¿quién es inmortal? Si es cierto que trabajan, él no descansa las noches ni los días.

*Los ásperos trabajos son mi cebo,
vigilias de las noches son mis fiestas,
sobre mis afligidos hombros llevo
el peso de los días y sus siestas;
ya para mí no es negocio nuevo
llevar las pesadumbres a mis cuestas,
las cuales de otros males son defensa,
por esperar bastante recompensa.*

Todos saben que él es marinero. Una vez se vió perdido yendo de Portugal a la Isla de Madera y descubrió tierra desconocida. Su oficio ha sido el de cartógrafo. Pueden estar seguros de que pronto verán tierra y podrán descansar de las fatigas. (I, 75-81).

El oro suelta la lengua de Colón: *facecias, gracias, cuentos* brotan de sus labios con gran placer de los oyentes. No importa que no entienda la lengua de los indios

*...Poco va veros yo mudos
como hablen presentes tan lucidos;
pues con los que nos dieren los desnudos
mejorarán el pelo los vestidos. (I, 103 s.).*

Después del banquete servido a los naturales en los navíos en que no faltaron "los vasos proveídos en el banco de buen vino haloque, tinto y blanco", Colón habla de nuevo a sus marinos. A veces, dice el almirante, se presentan buenas coyunturas y hay que saber aprovecharlas. No es prudente dejar las cosas buenas con intención de volver por ellas. Que se queden allí algunos españoles mientras ellos vuelven. La gente es buena. Hay que tomar algunas medidas: hacer un fuerte y dejar provisiones suficientes. Eso sí, tener en cuenta que no se puede ofender a las mujeres,

*Porque todos los males sucedidos
de guerras, de rencillas, de contiendas,
nacen de ser los hombres ofendidos
en mujeres, en hijas y haciendas;
los robos, los agravios, la violencia
gastan al más paciente la paciencia.*

Hay que usar de la comida con templanza. Y ahora, ¿quiénes quieren quedarse? Serán los valientes premiados "con eminentes honras y provecho". (I, 105-107).

El último discurso de Colón que registra Castellanos es particularmente interesante. Versa sobre la disputa entablada en torno al origen de los indios. Allí se exponen las diversas teorías comunes en la época: Car-

tago, las Hespérides, Roma. Colón comienza por descartar a los cartagineses; los primeros pobladores tuvieron que ser vecinos de la tierra firme, pescadores de oficio que *acá pasaron por algún estrecho*, gentiles o judíos, no se puede precisar. No sabían leer, lo cual no debe sorprendernos, pues

*¿Cuántos pueblos hay entre cristianos
por Italia, por Francia, por España,
do no hallaréis lectores ni escribanos
ni pueden a las letras darse maña?*

No cree tampoco en el origen hispano de los indios, los españoles no lo hubieran olvidado,

*Ansí que destas tierras, caballeros,
nunca jamás nación tuvo memoria,
sino que sois vosotros los primeros
y los que merecéis toda la gloria;
habeis de ser sus ricos herederos
y origen y principio de la historia;
y pues medida fue por vuestro vaso,
no se hable ya más en este caso". (I, 113-117).*

Con este discurso se cierra el ciclo de discursos colombianos. Acertado anduvo el cronista cuando reflejó de una manera tan exacta el carácter del almirante: su fe inquebrantable en el éxito final, la firmeza con que domina la insurrección, la sed de oro, la prudencia y pericia con que adelanta la más extraordinaria de las aventuras. En las palabras transcritas está Colón de cuerpo entero. Así lo vió Fernández de Oviedo, "bien hablado, cauto e de gran ingenio, e gentil latino, e doctissimo cosmógrapho; gracioso cuando quería, iracundo cuando se enojaba".